

Charamicos*

Nunca, en toda mi vida, lograría comprender por entero los hechos que viví en el siguiente fin de semana.

El sábado temprano tomé el autobús hacia Ayba. La intención no era llegar a ese pueblo, sino desmontarme frente a la casa del padre Amir, situada a orillas de la carretera, unos diez kilómetros después de Mellebrand. Me proponía conversar con el sacerdote y, de ser posible, dormir en su morada. Al día siguiente, visitaría a Arelis, para quién había comprado una lata de leche en polvo, vitaminas y unos carritos.

Respiré casi con orgullo cuando me vi a las cinco y cuarenta minutos acomodada en uno de los últimos asientos del autobús, rumbo al suroeste a cumplir mi breve misión ante el padre extranjero que tanto daba que decir. Dormir se me había hecho difícil la noche anterior, y al poco tiempo del vehículo iniciar la marcha empecé a cabecear. Las personas a mi lado se estrecharon para que me acomodara. Una vez dejamos atrás Baní, me tapé los ojos con un pañuelo, apoyé la cabeza como pude y de una vez caí en un sueño tan profundo y relajado como hacía tiempo no conocía. No supe en qué punto del camino nos encontrábamos, cuando, sacudida por el frenazo de la guagua y gritos estridentes, explayé los ojos y me agarré de un brazo gordo, el que tuve al alcance. ¿En qué carretera estábamos? ¿Qué sucedía?

Una reluciente camioneta roja había estado colocándose a las malas a la altura de la guagua, cuyo viejo motor sonaba como si fuera a explotar. La camioneta rebasaba, reducía la velocidad, rozaba la carrocería de la guagua, sacaba chispas. Un hombre mayor que iba tres asientos más adelante sacaba la cabeza y ladraba maldiciones contra los molestosos. Unas pasajeras forcejeaban con el señor para que metiera la cabeza y parara de insultar. La camioneta dio un acelerón. Un tipo apuntó a la

* Capítulo 59 de la novela homónima, publicada por Editora Cole.

guagua con una escopeta y disparó al aire. Se armó una chillería. Las madres cubrían a sus críos con su cuerpo mientras trataban de esconderse debajo de asientos descalabrados. Una chiquilla se hirió la mano con un alambre. «De grueso calibre, nos tiran con escopeta de grueso calibre», exclamó con ojos desorbitados el que antes sacaba la cabeza, como si a alguien le importara el calibre. Sonaron dos disparos más. Nuestro chofer pisó a fondo el freno. Por el pasillo rodaron bultos y botellas, manojos de pollo, ristras de ajo y bultos de ropa. Unos guacales de botellas que venían encima del vehículo cayeron en desorden. La camioneta se atravesó frente a la guagua. Esgrimiendo sendas escopetas, sus dos ocupantes se precipitaron hacia nosotros. «No se asusten, siéntense y mantengan a los niños en brazos», aconsejó el hombre mayor que antes había sacado la cabeza para insultar a los malhechores. Nadie lo escuchaba. Un estrépito de pisadas y llanto infantil reinó por un momento.

Idénticos los dos asaltantes, ¿era un espejismo? Había que aguzar el oído para entenderles. Hablaban como si una parte de su lengua fuese de plomo.

«¡Ey, tú!, ¡baja!», me señalaban. Miré hacia los cambrones que flanqueaban la carretera. «Tú misma, no te hagas la loca. ¡Baja!». Me puse de pie, lenta como la aguja que marca la hora, no los minutos, no los segundos. Me dirigí hacia los sujetos dejando correr el tiempo entre un paso y el siguiente. «¡Vamos, no te hagas la tullía! ¡Eh! ¡Baja de una maldita vez!». Seguía aproximándome a los gemelos. Una mujer vieja me tocó la cadera; me miró atónita. Reparé en el charco de orines a los pies de la anciana, en sus sandalias mojadas. Me detuve a respirar. El hombre mayor que había sacado la cabeza rompió el silencio de los pasajeros: «¿Qué quieren con la muchacha?», preguntó, con ímpetu aminorado. Uno de los asaltantes le rascó la calva con el cañón. «Lo tuyo viene pronto, boca honda», le amenazó. El rostro del hombre se hinchó de sangre, pero no agachó la cabeza. Me fijé en que uno de los tipos llevaba el revólver enganchado en el lado derecho de la correa, y el otro tipo, en el izquierdo. El primero sostenía la escopeta con la derecha, apoyada en la cadera; el segundo con la izquierda, apoyada en el mismo lado del hueso pélvico. En las manos libres, ambos ostentaban relojes de enorme esfera rodeada de un anillo negro. Apreté los ojos espantada de esa siniestra simetría. Una de las figuras cabezonas ordenó: «¡Vamos, coño, todo el mundo al piso! Eh, viejas y chichís de teta, también al suelo. ¡Cruaaaakee!». El otro repitió la orden con idénticas palabras y el «¡cruaaaakee!», una suerte de graznido (¿lo emitía un sapo, un cuervo?). El pasillo era estrecho. Me puse de lado para pasar junto a los maleantes, tal como ellos me lo indicaban. Aun así, mi cuerpo rozó el de ellos. Olían a carne cruda de chivo. Me ordenaron detenerme al lado del chofer, que abrazaba el guía con medio cuerpo como para que supieran que no veía ni le interesaba ver. Los tipos repetidos se apearon primero. Y yo, con un pie en el aire, observé en el retrovisor el perfil de uno de ellos y, a la vez, un vehículo blanco que se aproximaba. Este, ya cerca, dio un brusco giro, se metió a tierra, retornó a la carretera más adelante y se alejó a gran velocidad. Los músculos del cuello de las dos figuras idénticas se tensaron. La distracción duró segundos. El pavimento cosecha vaho ardiente. A él caigo. En las plantas de los pies se despierta el ardor, la comezón. Veo un rostro

con la coloración de la rosa príncipe negro, el único que se asomaba a una de las ventanillas de la guagua. Era el hombre que un rato antes había demostrado cierto valor.

Antes de dormirme, después de sobrepasar Baní, me había quitado los zapatos como prevención del mareo. Sobre brasas, en lugar de tierra, estaban apoyándose mis pies. Creí que la médula de mis huesos la constituía materia inflamable. «¡Eh! ¡Déjate de mijijí mijijá! ¡Eh!». ¿Qué querrían decirme con eso? Uno entró a la camioneta, el otro me empujó y después se metió él. Quedé entre ambos, con las escopetas atravesadas sobre mis muslos temblorosos. El que conducía puso la reversa. La camioneta retrocedía como la honda del diablo. Al rato, dejó la carretera por un declive y se detuvo a la vera del cañaveral. Me pregunté si su reluciente carrocería quedaría visible para los que transitaban por allí. No había forma de voltear la cara para hacerme una idea al respecto. «Sigue por ahí, derechita», me ordenaron al desmontarnos, señalando un trillo apenas definido en el cañaveral.

Percibí la exuberancia de las flores, violáceas, satinadas, casi levitando sobre sus largos tallos. Maliciosos espíritus rasguñaban mis mejillas, mi frente. Zzzssss... zzzssss, se oía todo el tiempo. ¿A dónde iremos a parar?, me pregunté. Como si hubiera oído, la figura repetida dijo a coro: «A tentar el diablo, a eso vamos, ¡Cruaaakee!». Por ratos me obligaban a abandonar el trillo. Entonces, andábamos en zigzag.

Los sujetos se me situaron a ambos costados, apartaban las cañas con sus escopetas. Los escuchaba resollar y entonces me envolvía el vaho a carne cruda de chivo macho. Son dos hombres de carne y huesos, me dije para darme ánimo. Uno tiene un forúnculo debajo de la oreja izquierda, el otro lo tiene a dos centímetros de la derecha. Son dos fulanos de abominables cabezas, nada más. Se detuvieron.

–¡Cruaaakee! Me da un asco matar a una mujer –dijo uno.

–A mí me es igual, macho o hembra. Después que te lambes el primero, da lo mismo.

–El primero que enfriaste fue al enano, ¿eh?

–¿Eh?, el primero de por aquí querrás decir.

Un profundo estupor se apoderó de mí. Soltaron una risotada dándome empujones con las escopetas, cada uno sobre un omóplato. «¡Cruaaakee!, ¡avanza!», me gritaron. ¿Por qué ir tan lejos? Mis pies sangraban; aun así, persistía la comezón, el ardor. Ahora avanzábamos por un tramo rocalloso, al final del cual, uno dijo: «Ya el tigre tiene hambre. Aquí será. ¡Cruaaake!». El otro secundó: «¡Cruaaake!». «Dale esto», dijo el del revólver colgado a la derecha. «Mejor dáselo tú, eh», replicó el del revólver a la izquierda. El primero extrajo de sus bolsillos un frasco y se lo entregó al otro, quien me ordenó: «Embucha». Lo ojeé, incierta. Observé la achatada botellita en mi mano resbalosa de sudor. «¡Traga!», me ladraron a dúo. Desensrosqué la tapa con tanta lentitud como pude. El líquido era rojo vino oscuro, medio espeso. Bebí un trago. «Mi química», exclamó uno, orgulloso. «Tu química de aprendiz del científico mental», celebró el otro. Sentí escalofrío, dentera. Traté de identificar los componentes por el repulsivo sabor. Adiviné cañafistula, apazote, bitrex, lúpulo, ¿qué más? Mi estómago se revolvía. Se me

nublaban los ojos. «No vayas a atreverte a vomitar, eh», amenazó el dueño de «la química», esgrimiendo un segundo frasco. (Yo había leído reportajes sobre la élite diabólica denominada Los Intelectuales. Ercira la había mencionado también. Corría el rumor de que la asesoraba un científico de la mente. ¿Me eliminaban sin derramar una gota de sangre? Si, horas o meses después, falleciera de repente, nadie iba a inculpar a estos tipos. (¿Eran los de la cabeza embutida que secuestraron a Andrickson del hospital? ¿Aquellos que destrozaban cámaras a los reporteros y los pateaban para evitar ser retratados en acción?).

Por mi garganta subían vapores mefíticos. Las náuseas y la anormal transpiración me hicieron temer un síncope. «Camina, no te hagas la quebrada, ¡cruaaake!», me escupieron. Me di cuenta de que el ¡cruaaake! era una especie de lúgubre risotada. Viéndome los pies hinchados, enrojecidos, di pasos inseguros. Apareció un claro. En el centro, restos de un tren cañero. «Colócate allí», me ordenaron, señalando los vagones herrumbrosos. No me moví. «Hay que darle un empujón, podría cagarse», dijo uno. «¡Puaf!, a mí me da como asco tocar a esta mujer», dijo el otro. «Ah, entonces tendré que hacerlo yo», dijo el primero. «No, tú vas a practicar tiro al blanco desde aquí. Que se cague ella sola. ¡Vamos, tú, becerra, arre, arre!». Una repentina exaltación se apoderó de mí. Empecé a manotear a diestra y siniestra. Veía a dos tipos más feos que el culo del diablo, y me brotaba una risa estentórea. Los dos canallas se superponían, se miraban en mí, que de pronto no era más que un espejo al tris de estallar. «¡Siete años de mala suerte!», grité agarrándome las tripas con ambas manos. «Siete años de estrella negra, fatales». Me dolían las tripas. Lloraba sin poder contener la hilaridad. Moriría cantando con una lengua de plomo.

Hay gente que ante el paredón se hace caca y se orina, otros se encomiendan a Dios, y ha habido quien pronuncia unas palabras para la posteridad. Mi reacción no se parecería a la de nadie. Me sentía bestia en el matadero, bicha, payaso de circo, halcón dominando el espacio abierto. Los dos individuos se me aproximaban con la lengua afuera, moviéndola como lo hacen las serpientes. Dispararían a quemarropa. En un relámpago cegador, se refrescaron en mi boca los repugnantes sabores del brebaje, cerdos chillaban en mi caja torácica. Una pareja de cuyayas trazó una curva de humo en lo alto del cielo. El sol quedó cortado en dos. Tum, tum, tum. Mis costillas se despegaban en un extremo, perdían su curvatura, ondulaban. Vi mi cuerpo como esas bandas de res que cuelgan en ganchos de hierro en la carnicería. Vi mis pies alejándose. Pisando las sedosas y mullidas flores de caña. Mis pies sanos, por fin.

Entonces, escuché a los de lengua roma sentenciarme. Copiaban, según ellos, el tipo de juicio sumario que hacían los sediciosos. Uno preguntaba, el otro respondía:

—¿Esta es la mosquita muerta que fabrica bombas de alto poder para los arsenales del *He-chicero*?

—Confirmado.

—¿Esta es la que trató de sacar al bandolero Máximo hacia Puerto Rico?

—Confirmado.

- ¿La que escondía en la Universidad al terrorista Andrickson?
- Confirmado.
- ¿La cerebrita que fue entrenada en China en explosivos?
- Confirmado.
- ¿La mujer del criminal internacional Peñaló?
- Confirmado.
- ¿La que suministra armas a los vándalos del Juan Pablo Duarte? ¿La que con cara de pen-deja transporta fusiles a Puerto Plata y a Mellebrand?
- Confirmado.
- ¿Era el fin?

Pelotones de lagartijas verdes y espejitos con bordes rojos invadieron todo el espacio que abarcaba la vista. Las cañas circundantes se movían como batidas por una ventolera despidiendo largos alfileres. Sus flores parpadeaban en un infuso cuchicheo. Un rítmico tropel irrumpía por el cañaveral. Cien caracoles sopladitos marcaban el paso.

Los de las escopetas huyeron como si su entrepierna hubiese cogido fuego. **C**



Del libro *Cuadro escrito*, con manuscritos de 1964 a 1980.